



Felipe Santos, SDB

"Jesús, tocando al enfermo, lo curó y lo despidió" (Lc 14, 4).

En el marco de una comida, y un día de sábado, Jesús realiza una curación, porque ha venido para derrochar misericordia y liberación. Jesús te invita a orar. A acercarte a Él, a escucharle y tu fe le arrancará esa fuerza sanadora.

Señor, tú llamas a todos a tu mesa, nos acercamos... ¿Tenemos suficiente fe para que tu fuerza nos cure?

La hidropesía es una anormal acumulación de agua. Mientras el tránsito normal de líquidos favorece nuestra salud, la acumulación la pone en riesgo. El agua que consumimos no se queda ni reposa. Hidrata, tonifica y da vida. Pero si no hace eso, si se estanca, nos ahoga. Eso era lo que pasaba con la interpretación de la Ley en aquel tiempo. La Ley fue puesta como el agua, como fuente de vida. Debía transformar la vida del pueblo, tonificarla y fortalecerla. Por el contrario, el estancamiento conducía a un estado deplorable de conformismo e inmovilidad que amenazaba la existencia misma del pueblo. El hidrópico sanado representa a esa parte del pueblo dispuesta a hacer la terapia del agua que fluye, de la Ley que inspira, de la vida que se transforma. El hidrópico debía vencer las limitaciones de una interpretación demasiado estrecha y fundamentalista de la Ley, para poder ponerse en contacto con la fuente del agua viva. Si con frecuencia estamos dispuestos a acomodar la ley a nuestras necesidades, cuánto más esfuerzo interpretativo debemos hacer para que esa ley no se convierta en un lazo que nos ahogue. Jesús aplica así un principio de interpretación que lleva al ser humano hacia la vida plena, en lugar de detenerlo en los recovecos de las rúbricas y preceptos interminables